

La economía europea enfrenta el primer desafío de su corta vida comunitaria. La apreciación del euro puso bajo presión a los países menos industrializados y menos competitivos. Por **Eduardo Fracchia (*)**

Problemas fiscales en Europa

Hacia mediados de 2007 se produjo la explosión de la burbuja inmobiliaria y de productos estructurados en Estados Unidos que marcó el comienzo de la crisis financiera global. Pero recién con la caída de Lehman Brothers, en septiembre de 2008, el sector real acusó el golpe con el derrumbe de los flujos de intercambio y la entrada en recesión de casi todas las economías del mundo, con las excepciones notables de China y de la India. En la actualidad, esta etapa ya parece superada. De hecho, ha dado lugar a un nuevo período en el cual, mientras los emergentes crecen vigorosamente, los mercados financieros ponen la lupa sobre las finanzas públicas de los países desarrollados. Europa enfrenta el primer gran desafío económico de su corta vida comunitaria. Pero los problemas que esta etapa de la crisis global han puesto en evidencia no son nuevos. La apreciación del euro puso bajo presión a las economías europeas, muchas de ellas anémicas y con sistemas productivos desarticulados. El monumental ingreso de capitales de las últimas décadas no se tradujo en una redefinición del perfil productivo, sino que se despilfarró en consumo e inversión en inmuebles afectados por la burbuja nacida de la excesiva liquidez. Es cierto que existen honrosas excepciones como la de Alemania que enfocó sus esfuerzos en la producción de transables con fuerte componente tec-

nológico, gracias a lo cual mira sin temor la crisis. Pero la mayor parte de la Unión sufre por estancamiento, con una moneda sobrevaluada y con las manos atadas para ejercer política monetaria.

La cuestión fiscal

Aun así, es en el frente fiscal donde se concentran las miradas pues, del mismo modo que ocurrió en la Argentina durante la convertibilidad, el componente explosivo del coctel lo aportó un gasto público exagerado en una economía como la europea en la que la recaudación no avanza por el estancamiento de la actividad. En esto están tan en falta los PIGS y el Reino Unido como los motores regionales, Alemania y Francia. Asombrosamente, los sectores públicos europeos presentan déficit que rondan los dos dígitos. Niveles que habrían llamado la atención a los organismos multilaterales de haberse producido en Latinoamérica. Sin ir más lejos, la Argentina cayó en default con un déficit de menos de dos puntos del producto. Pero estos desequilibrios fiscales no son una falla de la arquitectura de la comunidad. Por el contrario, la Unión se fundó en un pacto de estabilidad y crecimiento que imponía límites al déficit y a la emisión de deuda pública. El tratado de Maastricht, firmado en 1992, establecía como criterios de convergencia un déficit fiscal anual inferior al 3% y un ratio deuda-PIB por



Rodríguez Zapatero al frente de uno de los países más afectados.



LA MAYOR PARTE DE LOS PAISES DE LA UNION SUFRE POR TENER UNA MONEDA SOBREVALUADA.

debajo del 60%. Es decir, sucedió algo que los argentinos conocemos bastante de cerca. Las reglas estaban. El problema es que no se cumplieron. La bonanza económica permitió postergar los ajustes, muy costosos en términos políticos. Pero fue así como la crisis sorprendió en un marco de debilidad.



LOS ESTRICTOS CRITERIOS ESTABLECIDOS EN EL ACUERDO DE MAASTRICHT NO SE CUMPLIERON.

Ahora habrá que pagar el precio de los desequilibrios sostenidos más allá de lo razonable. En lo referente al manejo de la crisis, las autoridades europeas reaccionaron con una extrema lentitud. La fragilidad griega es noticia desde el cierre del año pasado, pero el paquete de emergencia llegó

con seis meses de demora. Mientras tanto, el mercado elevó exponencialmente los spreads soberanos de los países del Mediterráneo. La posibilidad de default aún no ha sido superada. Recientemente Hungría ha vuelto a sorprender con "contabilidad fiscal creativa". Es una tentación que soportan los países cuando sus números reales los alejan de los parámetros de mercado. Es vital que la Unión avance en la definición de un régimen de resolución por si fracasan los planes de salvataje, a fin de minimizar el margen de contagio. Sin embargo no debe perderse de vista que el problema de fondo europeo es el tamaño del gasto público. El gran Estado de Bienestar que los países desarrollados alentaron a dismantelar a los emergentes en los noventa, es el que debe ser reestructurado para terminar con el déficit fiscal estructural. En definitiva, la salida está en reinsertarse en el mundo sobre la base de competitividad genuina. Para ello, el tamaño del Estado debe ser razonable; sus prestaciones, dignas y el sistema de jubilaciones y pensiones, equilibrado. Sin estas reformas estructurales, no habrá salida viable. No parece que el mundo tenga una evolución W pero claramente el ritmo de salida de Europa será heterogéneo y más lento. Esta evolución no es neutral para la economía argentina.

(*) IAE. Universidad Austral con la colaboración de Cristian Alonso.